

PASADO, PRESENTE Y FUTURO EN LA AGRICULTURA ALTOANDINA

Oscar Blanco

«En los Andes todo era inferior, excepto el hombre». Louis Baudin, hace casi cien años, en tan pocas palabras definió con absoluta claridad las características tan especiales de las culturas andinas. En primer lugar, del ambiente físico, tan negativo para el desarrollo de grupos humanos y mucho más para el florecimiento de grandes culturas. En segundo lugar, de la gran proeza de quienes tuvieron el valor y la audacia de vencer todos estos obstáculos y hacer de ámbitos totalmente inapropiados, lugares florecientes con grandes poblaciones en buenas condiciones de salud y alimentación. Efectivamente, los Andes —a diferencia de los montes Himalaya— dada su orientación perpendicular a los vientos alisios, es decir perpendicular a la rotación de la tierra, dado su gran volumen y las grandes altitudes que alcanzan, además de su tipografía tan quebrada, no ofrecían absolutamente ninguna condición favorable para el establecimiento de grupos humanos, y mucho menos para el desarrollo de culturas de tan alto nivel como las que se dieron en estas regiones.

Las características geofísicas y morfológicas de esta gigantesca masa pétreo probablemente habrían espantado a cualquier grupo que hubiera intentado buscar refugio en ellas. Comparados con las grandes lla-

nuras europeas, con las fértiles praderas norteamericanas, con las enormes sabanas y pampas de Sudamérica, con las sabanas africanas y las llanuras de Oceanía, tan ricas muchas de ellas en cuanto a suelos, tan regulares en cuanto a clima y tan accesibles: los Andes son imprevisibles, fundamentalmente en cuanto a clima, y son negativos para la conducción del agua de riego. Son agresivos para el laboreo del suelo, pero aquí vino el hombre y aquí se estableció.

Si su intención hubiese sido domar esa naturaleza, no hubiera tenido éxito. El hombre vino a amansarla: no la domó como a un tigre, la amansó como a una vicuña: probablemente en base a caricias y no a castigo; porque él sabía que si agredía, que si ultrajaba a la naturaleza, bajo esas condiciones podría haber vivido unas cuantas generaciones, para después verse obligado a un éxodo definitivo, ya que lo poco posible de utilizar hubiera quedado destruido para siempre.

El hombre entendió esto y comenzó un diálogo cordial con las condiciones de este ambiente tan especial. En este diálogo fue modificando lentamente los aspectos inconvenientes. Labrando andenes, protegiendo orillas sinuosas de ríos, limpiando de piedras las laderas, dando de beber a suelos se-

* Oscar Blanco, maestro de ecologistas, ingeniero agrónomo, profesor de la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cuzco, autor de numerosos traba-

jos de genética vegetal y tecnología rural, quiso escribir y difundir este texto antes de fallecer de cáncer en septiembre de 1994.

dientos con el agua recogida de los nevados y conducida con suavidad y con alta técnica para que venciera grandes distancias sin desaparecer por evaporación, por infiltración y sin dañar kilómetros y kilómetros de frágiles pendientes. Pero también esos suelos rescatados, fabricados en las terrazas, como los otros suelos ya no elaborados pero sí utilizados de las puntas altas y de las laderas inclinadas, tenían que ser manejados con mucha prolijidad, sin perderlos, sin dañarlos y conservando su fertilidad. Así aprendieron cantidades de técnicas, adecuadas cada una a determinada condición, mediante las cuales conservaron por milenios esa valiosísima oferta que es el suelo, para la existencia del ser humano.

Con la inteligencia indispensable para poder sobreponerse a las adversidades, los habitantes primitivos de los Andes medios y altos entendieron que de la propia adversidad podían sacar grandes beneficios. vieron que al contrario de las zonas llanas, las cuales muchos de ellos podrían haber conocido, de zonas más bajas donde habían ido a vivir y a sobrevivir, también la vegetación se mostraba tan variada como la topografía, el clima, los suelos y otros factores productivos. Allí estaba el secreto de poder aprovechar, sin violentar, esas condiciones físicas en las que habían decidido permanecer.

Y comenzaron, lentamente, a través de siglos, a través de milenios a observar, conocer, probar y aprovechar las ventajas de la gran variabilidad genética vegetal. El resultado, después de trabajo de generaciones, fue lo que posteriormente admiró el mundo, primero con incredulidad y, posteriormente, adoptó como alimento: la obtención de decenas de especies alimenticias cultivadas, de centenas y millares de variedades en ese conjunto de especies. No es exageración decir que el mundo, después de su perplejidad, aprovechó para su propio sustento este acervo. El maíz y la papa son dos de los grandes pilares de la alimentación mundial humana, de esta humanidad de más de seis mil millones de habitantes: en otras latitudes les acompañan el trigo y el arroz. Fuera de estos cuatro soportes de la vida humana, otros cultivos andinos también contribuyen al bienestar de la humanidad, como

los frijoles, muchísimos frutales e inclusive no sólo como plantas alimenticias sino de otra utilidad, como el tipo de algodón que crece en los valles interandinos y en sus vertientes hasta el Pacífico. Esta riqueza genética, inteligente, prolija y metódicamente utilizada, hizo que se sortearan los grandes problemas climáticos en estas condiciones altoandinas.

Yendo a lo local, yendo a lo propiamente andino, hubo otra cantidad de cultivos que, por una u otra razón, no fue adoptada por la humanidad entera. Los granos andinos, el tarwi, los tubérculos andinos, muchas raíces, muchos frutales aún desconocidos, inclusive especies de bulbo y hoja.

ACTUALMENTE EXISTE UNA RESERVA DE GARANTIA PARA LA SUPERVIVENCIA EN LOS ANDES

Lamentablemente estas condiciones no perduraron. Si bien engrandecieron a las poblaciones andinas por muchos miles de años, a partir del cataclismo de la Conquista, nefasto para esta región desde todos los puntos de vista, tanto los cultivos en sí, como el manejo de los recursos naturales físicos como los propios recursos físicos y el propio ser humano, fueron prácticamente demolidos. La vitalidad del hombre, de su tradición, de su cultura; la profundidad de sus raíces, la firmeza de sus ancestros, fueron los baluartes que defendieron a este grupo y a los suyos de una desaparición total. Sin embargo, la avasallante invasión de la otra cultura fue socavando lentamente la estabilidad física, la estabilidad cultural, la estabilidad genética e inclusive la propia estabilidad de la dignidad humana.

Actualmente el hombre andino está arrinconado en su propio territorio, pero éste también está siendo codiciado por los modernos sistemas, inevitables, ya que dentro de la geopolítica mundial, ninguna región, ningún país, ningún área pueden mantenerse al margen de un ritmo impuesto por voluntad, para bienestar, y por la fuerza de quienes manejan actualmente a la humanidad. Uno, evidentemente, con el invento más nefasto del ser humano, el dinero, el cual

propició la acumulación personal y profundizó los abismos de la diferenciación social y económica. En los Andes no se conocía el dinero, y no se podía, por más poder que tuviera el gobernante, hacer acumulación. Es verdad que todo excedente era concentrado, guardado, pero con límites y con el destino de atender a la propia población en situaciones difíciles. Junto con el dinero y la codicia, llegaron también las grandes diferencias económicas, la pobreza inefable y la riqueza inconmensurable. Ambas condiciones soportadas por la injusticia, por la explotación, por la iniquidad y por la irresponsabilidad en el manejo del frágil ambiente andino.

Se abandonaron canales, se dejaron de construir andenes, se destruyeron terrazas, inclusive las pequeñas terrazas, para que los bueyes pudieran dar la vuelta, en nuestros días se las sigue destruyendo para facilitar el trabajo del tractor. Se sobreexplotó el suelo cuando tenía ciertas condiciones, comenzó una deforestación intensa e irresponsable, estimulada por la concentración de las poblaciones en las reducciones alrededor de la gran iglesia.

Los Andes fueron poco a poco siendo descarnados, pero hubo un habitante andino sobreviviente, por encima de las grandes matanzas, por encima de la explotación, de los encomenderos y latifundistas. La recuperación demográfica de esta población, inicialmente diezmada, al volver a tomar niveles de siglos anteriores, encontró sus recursos productivos aniquilados: suelos pobres y destruidos, sin riego ni vegetación; esta condición hizo que tocara las puertas de la pobreza extrema. Áreas que anteriormente podían mantener veinte familias ya no estaban en condiciones de mantener cinco y eso originó una migración lenta pero cada vez más creciente; el abandono del campo en busca de espejismos jamás alcanzados. Una migración con difícil retorno; el campo se fue despoblando y la cultura se fue erosionando cada vez más.

Otro aspecto altamente negativo para la población campesina fue la agresión del mercado; inevitable dado el ambiente regional, nacional y mundial. Considerando los míseros recursos empobrecidos disponibles en gran desigualdad con los de los produc-

tores medianos y grandes, insertos en un sistema de crédito bancario con una logística adecuada para el transporte de sus productos, con campos de producción a borde de carretera, con una información de precios y una vinculación permanente con los mercados de insumos altamente ventajosos frente al alejamiento, a veces de días, de los pequeños campos de cultivo del campesino; a su falta de capital para instalaciones en escala rentable, a su ignorancia de lo que sucede en los mercados; pero lo más grave, sujetos a la codicia y a la explotación de los intermediarios. ¿Cuál podría ser al final el resultado de esta contienda por el mercado, que muchos llaman la eficiencia versus la ineficiencia? A estos aspectos negativos, poco a poco se fue sumando la irresponsable, interesada y nefasta política de todos nuestros gobiernos de este siglo. La provisión de los mercados de la capital y otras grandes ciudades, con productos de excedencia en los mercados de los países capitalistas: el trigo, la cabada, el propio maíz para el gran negocio del pollo. ¿Qué podían los campesinos anteponer ante esta gran competencia internacional?

Los defensores de la eficiencia versus la ineficiencia. ¿Qué pueden decir de esta injusticia de agricultores europeos, subsidiados por sus propios gobiernos y vueltos a subsidiar por nuestro gobierno en las importaciones? Se escucha con mucha frecuencia decir alegremente: ¡Ah, al campesino hay que dejarlo que se defienda, no hay que ser paternalista!; claro, en caso de él es paternalismo.

Finalmente, la gran marea del neoliberalismo parece que va a borrar del mapa al campesino y a su agricultura. Esto es una predicción en unos optimista y en otros pesimista. Optimista en aquellos que ven al campesino andino como un lastre para el «progreso» de nuestro país; es pesimista para los que se ocupan del campesino y ven, con pavor, como está, cada vez más, agredido y perciben en un horizonte mediato su avasallamiento total; pero esto no se va a dar. Guste a quien guste, entristezca a quien entristezca, los sistemas neoliberales de alta eficiencia tienen también sus exigencias las cuales están orientadas a la calidad de los recursos productivos, en este caso los re-

cursos naturales, como el suelo y el clima; a la seguridad de lucro y a la facilidad de colocar los productos en el mercado. Lo que no ocurre con los rincones, desconocidos para muchos de los Andesaltos; esto, sumado a la persistencia, a la tenacidad del hombre andino, a la profundidad en que se ancla su cultura y a la necesidad de vivir como un hombre digno, sin agachar la cabeza en fábricas o en grandes centros urbanos, ha de garantizar que ahora, en 20 años o en 50,

el tiempo es imprescindible, el hombre seguirá dialogando con esta naturaleza y seguirá viviendo de ella y con ella; en este propósito, su gran acervo tecnológico y la maravillosa variabilidad genética que él guarda, han de ser las valiosas herramientas, para que, a pesar de toda predicción, siga el agricultor y siga la agricultura andina imperando en estas regiones.

Cusco, agosto 1994

Desde hace 10 años, somos la única organización ecologista con una sede submarina.

Por algo será.



En julio de 1985, los servicios secretos franceses hundieron el Rainbow Warrior. Objetivo: eliminar el más incómodo testigo de las pruebas nucleares que se realizaban en el Pacífico.

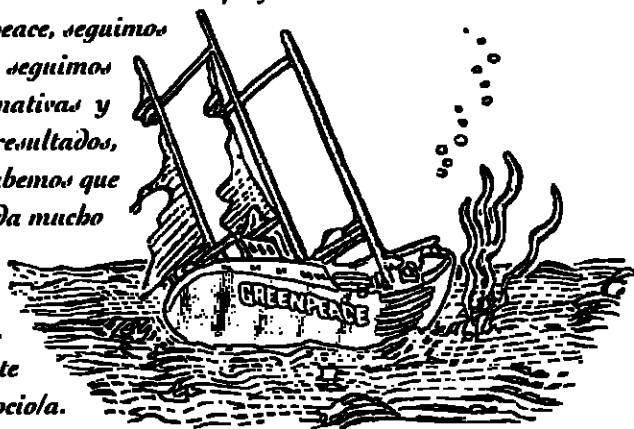
Hoy, sus restos descansan en las profundidades del mar.

Y hoy, en Greenpeace, seguimos trabajando, seguimos presentando alternativas y seguimos consiguiendo resultados, aunque sabemos que todavía nos queda mucho por hacer...a todos.

A ti también.

Colabora con Greenpeace.

Envíanos este cupón y te diremos cómo hacerte soci@.



Nombre.....Tel.....

Dirección.....

Población.....C.P.....

EP RW'S

GREENPEACE

Rodríguez San Pedro 58
28015 Madrid